

**“Conservas” y *Distancia de rescate*:
la narrativa fantástica de Samanta Schweblin
a la luz de la (no) maternidad**

Gabriela Trejo Valencia

(Universidad de Guanajuato, México)¹

Resumen: Este texto revisa el concepto de lo fantástico en parte de la obra de Samanta Schweblin (Buenos Aires, 1978). En estas páginas propongo referir su cuento “Conservas” y su primera novela *Distancia de rescate* desde el género fantástico, el cual, debido a sus características (fracturar la realidad convencional) facilita hablar de tabús y secretos. Me parece importante acentuar que en la narrativa contemporánea la literatura fantástica no sólo crea monstruos y situaciones extraordinarias de gran alcance, también permite matizar la aspereza de ciertas temáticas, entre ellas: el aborto y la negación a la maternidad, que en nuestra sociedad conservadora tienen espacio sólo si se recubren con fantasía.

Palabras claves: Lo fantástico, Maternidad negada, Literatura contemporánea, Nueva narrativa argentina.

Abstract: This text reviews the concept of the fantastical in part of the work of Samanta Schweblin (Buenos Aires, 1978). In these pages I propose to refer your story “Conservas” and her first novel *Distancia de rescate* from the fantastic genre, which due to its characteristics (fracture the conventional reality) facilitates talking about taboos and secrets. I think it’s important to emphasize that in contemporary narrative the fantastical literature not only creates monsters and extraordinary situations powerful, it also allows us to qualify the harshness of certain themes, among them: abortion and the denial of motherhood, that in our conservative society they have space only if they are covered with fantasy.

Keywords: The fantastic, Denied motherhood, Contemporary literature, New Argentine narrative.

Recibido: 20 de octubre. Aceptado: 12 de diciembre.

La maternidad suele ser entendida como el centro de toda biografía femenina. Lo cierto es que, pese a las suposiciones tradicionales respecto al género, no todas las

1. Maestra en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Guanajuato. Se desempeña como profesora de tiempo parcial en el Departamento de Letras Españolas de la misma universidad y en la facultad de Comunicación de la Universidad de León. Es autora de artículos académicos publicados tanto en libros como en revistas especializadas nacionales y extranjeras. Asidua colaboradora en actividades de formación, divulgación y difusión ha participado en encuentros, congresos y coloquios en México y Sudamérica. Sus principales líneas de investigación son narrativa mexicana contemporánea, literatura de género y literatura comparada.

mujeres empatan con el ideal de la procreación como destino. Sin la portentosa carga sensible mediando su reconocimiento, la maternidad puede también pensarse como una labor menos idílica, sobre todo si se le ve menos como un anhelo natural y más como un conveniente bastimento social y económico que mantiene en el trabajo femenino la carga de criar exitosamente a los futuros ciudadanos.

En las postrimerías del siglo XVIII el tema era pragmático. Hacia el siglo XIX y terciado por un sistema económico que pasó del autoconsumo a la comercialización se impulsó el trabajo doméstico como contrapartida de la labor paterna –casi siempre extra muros– y con ello se generó el llamado culto a la condición femenina: madre de familia, “La posición de la madre dependía cada vez más de su cuidadosa crianza de un pequeño número de niños más que de su fertilidad [...] Las madres y sólo las madres, ahora morales y puras, eran las pastoras que llevaban a sus rebaños por la senda de la virtud” (Hays, 60).

Acarreando cuestionamientos a estos fundamentalismos sociales, hoy por hoy vigorosas posturas de contracepción se patentizan para normalizar la noción de la no maternidad, entre ellas, la psicología, la sociología, los estudios de género. En lo que respecta a la literatura, la tinta ha corrido para bordar a la gestación de una imaginaria por demás positiva, sin embargo, en la literatura latinoamericana ha sido también recurrente rebatir el sentido mariano de la concepción, pilares de este cuestionamiento son las mexicanas Inés Arredondo o Amparo Dávila, continuadoras, Adela Fernández, María Luisa Puga o la narradora chilena Pía Barros, en periodos recientes se destaca a Guadalupe Nettel, la chilena Lina Meruane o la argentina Ana María Shua. A la luz de estas plumas, es importante destacar que casi todas dan voz a sus cuestionamientos a partir de los juegos fantásticos-onirismo, hipérboles, lo siniestro, lo perverso- que dentro de la narrativa hispanoamericana, tanto y tan bien se presentan.

El debate acerca de la normativa entorno a las mujeres-madres entonces no es novedoso pero sí fructífero, de hecho, hoy más que nunca parece ser interesante indagar en la aguda respuesta al ideal impuesto desde la reglamentación social. Así lo hace sobre todo la “Nueva narrativa argentina” cuando deconstruye y problematiza la escena de la “dulce espera” mientras funciona como campo de reflexión acerca de lo que significa (no) ser madre. Mariana Enríquez (1973), Selva Almada (1973), Ariana Harwicz (1977) o Samanta Schweblin (1979) deconstruyen la convención echando mano de perspectivas fantásticas para representar a mujeres-madres hechas jirones: mujeres que no llevan su procreación como un idilio, malas madres, madres que simplemente no quieren a sus hijos. Las colecciones de Enríquez “Los peligros de fumar en la cama” (2007) o “Las cosas que perdimos en el fuego” (2016), la antología de Almada “El desapego es una manera de querernos” (2005) o novelas de Harwicz como *La débil mental* son raíz y tronco para

madres sin sentimentalismos ni purezas, mujeres incapaces de responder al mentado instinto de maternidad. A este celebrado grupo pertenece Schweblin, una de las escritoras que mejor entiende que para dar luz a los entretelones en el ejercicio de la maternidad son necesarias las ventanas multidimensionales que permite el relato fantástico, de lo contrario, el riesgo de caer en lo políticamente incorrecto sería demasiado alto. Para caracterizar lo anterior, hablaremos de “Conservas” (2009) y *Distancia de Rescate* (2014).

Schweblin echa mano de los atajos permisibles desde el relato fantástico, caminos que le permiten eludir la rigidez convencional de la realidad tal como la conocemos, y de forma implícita, pone en las dos obras antes referidas, la posibilidad de confrontar el orden natural con una cara que lo violenta. Sus relatos caen, por tanto, dentro de la definición popularizada de Ana María Barrenechea a propósito de Todorov: “la literatura fantástica quedaría definida como la que presenta en forma de problema hechos a-normales, a-naturales o irreales” (393).

Schweblin saca a luz en 2009 *Pájaros en la boca*, acreedor el premio Casa de las Américas en 2010. En esta antología, aglutina una serie de historias aciagas que lo mismo hablan de la aspereza de madurar que de la desolación de no encontrar los anhelos; no obstante, la monotonía que podría esperarse de alguien que con tanta recurrencia da espacio al horror estriba en la capacidad de filtrar la realidad mediante una dosis de fantasía a veces salvífica. A esta veta pertenece “Conservas”, relato que en consonancia con las opciones que el nuevo siglo ofrece a las mujeres que buscan interrumpir su embarazo, expone prodigiosos avances médicos que disipan el sufrimiento mientras revierten la gestación en un concienzudo y aséptico proceso. Este cuento fantástico en donde las alternativas sustentables permiten aplazar el nacimiento, estructura una metáfora sobre el aborto mientras desprende una impronta en el orden de lo real: la dificultad de decir que no a los hijos.

“Conservas” se centra en la desazón de una joven con al menos tres meses de embarazo, quien padece una creciente inquietud “Pasa una semana, un mes, y vamos haciéndonos a la idea de que Teresita se adelantará a nuestros planes. Voy a tener que renunciar a la beca de estudios porque dentro de unos meses ya no va a ser fácil seguir” (Schweblin, 3). En un guiño a la noción de que el ejercicio de la paternidad se espera de la vida en pareja, la protagonista lleva tiempo advirtiendo la “lógica” de formar una familia junto a Manuel, con quien lleva una relación de años, sin embargo, una vez que comprueban la gestación se desencantan pronto del prometedor proyecto de vida. Ella acusa ciertas dudas sobre su nueva situación “-Ay, no sé... -digo yo, y no sé si me refiero al regalo o a Teresita. La verdad es que no sé -le digo más tarde a mi suegra cuando cae con un juego de sabanitas de colores-, no sé -digo ya sin saber qué decir, y abrazo las sábanas y me largo a llorar” (Schweblin, 25).

La protagonista va haciéndose consciente de que su supuesto estado de buena esperanza se significa más bien como la disolución de su yo interior. En una perturbadora metáfora, entiende que “dar vida” es al mismo tiempo perder su propia existencia, en otros términos, dejará de ser ella para convertirse en la madre de alguien, como si en una ineludible relación de causa-efecto tener un hijo de pronto negara la primera acepción: mujer, para centrarse en un significado cultural mucho más importante: madre. Pese a la innegable desazón experimentada con su embarazo, los hilos morales, legales y sociales imperantes no dejan de influir en la decisión que lleva tiempo retumbando en su cabeza, por eso simplemente no tiene el valor para aceptar que no quiere tener a Teresita. La culpa acompaña a muchas mujeres que no quieren proseguir con su embarazo pues “si bien es cierto que el aborto no es un asesinato², tampoco podría asimilárselo a una simple práctica anticonceptiva” (Beauvoir, 472). Con la culpa fustigándola, se percibe como una mala mujer al contradecir el deber de querer tener un hijo y ser una buena madre.

Tal loza ética se observa cuando el deseo subrepticio de la joven se convierte en fuente de angustia y ésta a su vez se traduce en miedo, por eso posterga la decisión y lleva su ansiedad hasta el último límite permisible: 12 semanas. Hasta entonces logra verbalizar su voluntad, no quiere ser madre. Es significativo que sea en ese primer trimestre cuando decida el futuro de su gestación pues su decisión se adecúa a los estándares jurídicos en la mayoría de los países que avalan la interrupción legal del embarazo. El aborto es una práctica prohibida en muchos países latinoamericanos, específicamente en Argentina³, de ahí que cuando ella decide no tener a su hija busque, fuera de la guía del protocolo legal, a chamanes y curanderos. “No puedo entender cómo en un mundo en el que ocurren cosas que todavía me parecen maravillosas, como alquilar un coche en un país y devolverlo en otro, descongelar del *freezer* un pescado fresco que murió hace treinta días, o pagar las cuentas sin moverse de casa, no pueda solucionarse un asunto tan trivial como un pequeño cambio en la organización de los hechos. Es que simplemente no me resigno” (Schweblin, 26).

Aunque el relato matiza la idea del aborto, en parte porque sólo se trata sólo de un aplazamiento del embarazo, la sombra del tabú asoma en todas las páginas del cuento⁴.

2. Esta afirmación calaría hondo en quienes plantean la defensa absoluta de la vida desde la concepción, sin embargo, no es mi objetivo someter a un interminable debate este aspecto, más bien pronunciarme en torno a un texto literario de índole fantástica que permite una interpretación acerca de la interrupción del embarazo en un entorno ficcional, en menoscabo de una reflexión respecto al panorama social cuyo planteamiento íntegro no está ni cerca de elucidarse en el recorrido de estas páginas.

3. El cuento puede leerse como un seguimiento metafórico de esas alternativas que las mujeres deberían tener para no llevar un embarazo no deseado a término. Blandiendo la bandera de la crítica social, la autora debe ficcionalizar una alternativa pacífica e inofensiva porque el gobierno de su país no es capaz de poner un alto a los 500 mil abortos clandestinos que ponen en riesgo a cientos de miles de mujeres.

4. Esto reafirma la postura exhibida por Simone de Beauvoir en *El segundo sexo*, “Existen pocos temas respecto a los cuales la sociedad burguesa despliega más hipocresía: el aborto es un crimen repugnante, y aludir a él es una indecencia. El que un escritor describa las alegrías y los sufrimientos de una parturienta, es impecable pero si habla de una mujer que ha abortado se le acusa de revolcarse en la inmundicia y de pintar a la Humanidad bajo una luz abyecta” (464-65).

Para eludir la carga de un hecho criminalizado, la autora cubre el hecho con un cariz fantástico en el que lo indecible halla su forma. La literatura fantástica es el lugar para los silencios y los secretos que no podrían ser mentados, la irrupción de lo insólito detona otra clase de posibilidades que lo mismo atentan contra la realidad que la descarnan o la minimizan. El tema de lo inconcebible es territorio de lo fantástico, por eso negar radicalmente la maternidad puede llevarse a cabo gracias al secreto escondido en los pliegues de la literatura fantástica.

Según Marcel Schneider, Caillois, Vax, Todorov o Barrenechea la literatura fantástica propone que aquello que pensamos inamovible, seguro y tranquilizador se sacuda bruscamente, en eso también coinciden Borges o Bioy Casares, autores icónicos para esta conceptualización acerca de una realidad transgredida. Schweblin apela a este mismo efecto de sentido y partir de él teje una historia en la que las verdades se desplazan gracias a soluciones imposibles. Verbigracia, podemos no saber a ciencia cierta qué es el tiempo, pero comprendemos a la perfección que es irreversible. Schweblin toma esa noción nuclear en nuestra percepción de la realidad sólo para descontarla; así, hace que su protagonista termine su embarazo yendo en reversa.

Buscando la oportunidad de continuar sin bruscos movimientos con el mejor año de sus vidas, la pareja protagónica encuentra en el Dr. Weisman la mejor opción para alargar su periodo de plenitud. Éste les ofrece una inusitada alternativa: volver sobre los pasos para revertir la gestación. El tratamiento incluye medicamentos, cambios en la alimentación, el sueño y un entrenamiento para lograr respiración consciente. Luego de una intensa práctica “Hay un momento en el que es posible visualizar la velocidad a la que la energía circula en el cuerpo. Se siente como un cosquilleo suave. [...] Entonces uno empieza a controlarlo: hay que aminorar el ritmo, lentamente. La meta es detenerlo por completo para, poco a poco, retomar la circulación en sentido contrario” (Schweblin, 30).

El tiempo parece correr en reversa al cumplir con la marcha atrás de todo lo que ocurrió en los meses de embarazo y a fuerza de cumplir con fidelidad sus tareas, la transformación inicia: el segundo mes es el de más cambios, la panza empieza a disminuir y eso trae sosiego. Cuando empieza el tercer mes, el anteúltimo, el final está cerca, Weisman les da un frasco de conservación y prescribe que deberán mantenerlo en la heladera hasta nuevas indicaciones.

En una propuesta de índole fantástica en donde existe una dualidad en pugna entre lo real y lo irreal, Schweblin responde al desamparo auténtico de su protagonista con una opción imposible: manipular la gestación hasta ralentizarla. El relato expone disminuir la velocidad del tiempo hasta revertirlo, con ello, la criatura puede decrecer en el vientre para al final, poder ser depositada en un frasco de conservación. Las conservas

son un antiquísimo proceso de preservación, una forma de resguardar cosas preciadas para disfrutarlas después, pero en un giro extraordinario, aquí no son alimentos los que se someten al resguardo, sino un feto que se conservará en condiciones seguras y óptimas hasta que sus padres estén listos para recibirla. Mientras tanto, deberán mantener en refrigeración el pequeño frasco pues a la temperatura correcta el frío no mata pero inhibe la actividad vital, Teresita es un producto que responde a la práctica ancestral de retrasar el consumo de algo hasta que llegue el periodo propicio.

Al final, una mañana ella alcanza el último nivel de respiración consciente, “Respiro una vez, otra vez, otra vez, y entonces todo se detiene. La energía parece materializarse a mi alrededor y podría precisar el momento exacto en el que, poco a poco, comienza a circular en sentido inverso” (Schweblin, 31). Ha llegado la hora o quizá debería decir, ha regresado la hora:

Otra vez siento ganas de vomitar, pero no puedo, no quiero: no todavía [...] Por primera vez pienso en la posibilidad de la muerte. Pienso en eso un instante y ya no puedo respirar. Manuel me mira, no sabe qué hacer. Las arcadas se interrumpen y algo se me atora en la garganta. Cierro la boca y tomo a Manuel de la muñeca. Entonces siento algo pequeño, del tamaño de una almendra. Lo acomodo sobre la lengua, es frágil. Sé lo que tengo que hacer pero no puedo hacerlo. Es una sensación inconfundible que guardaré hasta dentro de algunos años. Miro a Manuel, que parece aceptar el tiempo que necesito. (Schweblin, 33)

Superando el peso simbólico de la maternidad como obligación, ella puede creer en retomar su embarazo más adelante, cuando saque a Teresita de la conservación y la trague para pasarla de su boca a su vientre. “Ella estará bien: hasta el momento indicado. Entonces Manuel me acerca el vaso de conservación, y al fin, suavemente, la escupo” (Schweblin, 33).

La cita anterior es doblemente significativa, por un lado, encumbra la línea fantástica que acompaña todo el cuento, por el otro, se revela como el cierre del relato, y dado que son las últimas líneas del cuento, advierte de la trascendencia de romper con el cerco de la realidad cotidiana: “Lo fantástico es la aparición, en el mundo bien ordenado de la vida cotidiana, de lo imposible, de aquello que obedece a las reglas de este mundo” (Botton, 110). Al desaparecer el supuesto sentido racional de la interrupción del embarazo, sublima el proceso, Schweblin propone un quebranto abierto y abre paso a una posibilidad salvífica: la gestación de Teresita queda en pausa, no más.

Pero la negación a la maternidad en la narrativa de la oriunda de Buenos Aires no se queda en este ejemplo, también puede darse esta suerte de negativa una vez que ya se es madre, así lo deja ver en su única novela. Aunque en “Conservas” el tema de lo fantástico ha permeado las páginas, tampoco se trata de una discontinuidad absoluta sino de una resquebrajadura, ruptura superlativa con el orden de lo real que sí está muy

presente en su primera incursión en la novelística, donde lo convencional se ve de pronto subvertido, hasta que ya no hay más mundo conocido,

En *Distancia de rescate* posiciona a una mujer que en medio de un escenario casi apocalíptico vive con el miedo de que su hija se convierta en un ser de otra naturaleza. El texto de apenas 126 páginas no se aleja tanto de lo que la autora había hecho hasta ese momento, la brevedad y la idea de un final que entraña más dudas que respuestas conforma una *nouvelle* en donde da vida a tres personajes centrales: Amanda, una ciudadina que pasa unos días de verano en una casa de campo con su pequeña hija; Nina, la singular lugareña y madre de un jovencito al que ella considera sumamente especial, y claro, David, el extraño niño a quien su madre advierte como un perfecto extraño.

Amanda irá avanzando en los intrincados caminos de aquel lugar campirano sólo para percatarse de que si algo falta en ese pueblo es justamente lo que ha venido buscando desde la gran ciudad: tranquilidad. Pronto se topa con que sus habitantes tienen extrañas malformaciones, los niños son víctimas de una especie de maldición, las mujeres hablan de singulares oráculos modernos que se apersonan en brujas que viven en casas verdes; los temas cotidianos se filtran por la magia y de a poco se entera de curaciones sobrenaturales y rituales mágicos, de animales muertos en extrañas condiciones, de ríos contaminados, de una clase de veneno corriendo por las entrañas de la madre naturaleza. Una vez contextualizada, Carla, su vecina, habrá de ratificarle la perspectiva, ese es un pueblo tóxico y, lo mejor que podría hacer es irse lo más rápido posible.

Schweblin construye un thriller con evidentes rasgos fantásticos, los cuales otra vez, como en “Conservas” le permiten hablar de lo que todos saben pero prefieren mantener oculto: las poblaciones gravemente afectadas por los cultivos con fumigaciones de glifosato en Argentina y buena parte de América. La denuncia está implícita y por eso, aunque para la autora, la novela conserva una fuerte conexión con la realidad del campo argentino, la estrategia de lo fantástico le permite sublimar la realidad y ponderarla ante nuestros ojos, no se tratará sólo de campos de soya contaminados sino además (más en la línea de lo fantástico) de la transmigración de las almas.

Según le confiesa Carla, el alma de su hijo mutó en otro ser, dejando el cuerpo de David vacío de la verdadera esencia del niño que ella procreó. Del primer David, como ella llama a su hijo antes de la transformación, sólo le queda el recuerdo. Lo más interesante es que aunque así Carla no se expone del todo como una mala madre, sus propias decisiones le arrebatan a su David: toda vez que el niño, accidentalmente, bebe agua contaminada del río, Carla debe arriesgarlo todo para salvarlo, incluso poniéndolo en las manos de una curandera que impide la muerte del niño a cambio de migrar su alma. Es entonces que Carla olvida su vocación materna y no supera el inusitado trueque, revelándose en el egoísmo de la madre incapaz de aceptar los cambios en la personalidad

de su primogénito. Carla dice no a su “nuevo hijo”, sólo le resta cuidarlo porque es una obligación pero entre ellos no hay más una relación filial. Carla no es su madre.

Aunque improbable, esa parece ser la única certeza presente en el relato. Todo lo demás es una madeja confusa a partir de que Amanda, incrédula primero y confundida después, pierda la distancia de rescate con su hija y pone su vida en peligro. Es entonces que a través de estrategias de índole fantástica, Schweblin pone ante nuestros ojos a una protagonista alucinada, torpe al separar la realidad de la imaginación. Mediante un diálogo de sordos entre Amanda, que lucha por su vida en un hospital, y el misterioso David, conoceremos más de la maraña que envuelve al pueblo.

Será David quien a punta de preguntas le exija llegar a la única pregunta seria que Amanda tiene en la cabeza: ¿dónde está Nina? David habrá de confesarle retazos de su vida con Carla para generar en Amanda alguna solución, por eso ella intentará armar las piezas sueltas pero no puede, apenas comprende lo que él le dice; sus palabras son demasiado ilusorias como pretenderse ciertas. En una auténtica poética de lo incierto, la *nouvelle* es un perfecto botón de muestra de la yuxtaposición y las contradicciones propias del discurso fantástico. Al no haber una explicación que siquiera se acerque al plano de lo realista, el lector es obligado a indagar en lo que no se dice, encontrando, al final que la posible respuesta se halla no en este plano material sino en una realidad alternativa donde el horror de la maternidad se concentra en el despliegue de los peores miedos: ese hijo no es mío y dónde está mi hija.

Si bien Carla niega su maternidad, Amanda la asume de más y con ello niega la realidad de su situación: Nina, no está a salvo, no lo estuvo nunca y su ineptitud provocó que la perdiera para siempre. Desesperada, se aferra al muchacho como el único medio para llegar a la verdad ¿Nina está bien? Amanda no ha cumplido con su misión de madre, ha descuidado a la pequeña dejándola vulnerable y expuesta en ese pueblo maldito a donde nunca debieron llegar.

Schweblin lleva a escena el miedo de toda madre de perder a su hijo pero lo hace desde una historia ingrávida que genera más preguntas que respuestas. La propia autora admite en una entrevista ¿Se pude vivir con la inminencia de la muerte de un hijo? Amanda no puedo, no sabe cómo manejar el haber perdido la distancia de rescate respecto a Nina, es decir, la distancia que la hace permanecer cerca de su hija si se presenta algún peligro: “Yo siempre pienso en el peor de los casos. Ahora mismo estoy calculando cuánto tardaría en salir corriendo del coche y llegar hasta Nina si ella corriera de pronto hasta la pileta y se tirara. Lo llamo distancia de rescate, esa distancia variable que me separa de mi hija” (Schweblin, 23).

¿A qué distancia es peligroso seguir alejándose? eso es lo que parece preguntarse Schweblin en su primera novela. Amanda pierde esa distancia, la única que le permitiría

ayudarla en caso necesario: “esa distancia variable que me separa de mi hija y me paso la mitad del día calculándola, aunque siempre arriesgo más de lo que debería” (Schweblin, 23). Con ello, Amanda niega la maternidad no porque se niegue a ser madre sino porque no es buena madre, contraponiéndose a la idea cotidiana que se espera de quien tiene hijos. Claro que eso no sería suficiente para pensar a Amanda como un personaje fantástico, sin embargo, el contexto que rodea sus circunstancias sí se empareja con la perspectiva de lo fantástico, que a la sazón apunta: “lo fantástico problematiza contrarios, dado que su configuración se basa –al menos en el siglo XIX– en la convergencia de paradigmas excluyentes (vida/muerte, natural/sobrenatural)” (Nieto, 109), paradigmas que claramente cuestionan los personajes de *Distancia de rescate* al plantear la ruta de acceso al horror ensalzado que provoca la mutación de lo natural: un río, sus animales, un pueblo, sus habitantes, las almas.

La narración de Schweblin entonces, no sólo es la alegoría sobre la maternidad y sus incertidumbres, es también la reapropiación del discurso de la maternidad –más que un correlato de prácticas sociales– en la que elude discursos acomodaticios al sistema imperante y así, sublima ese horror: el de una futura madre que no desea serlo y el de dos mujeres perplejas que no saben qué hacer una vez que ya son madres. Al filtrar estas dos controversiales realidades con una alta dosis de fantasía, la autora plantea sólidas disrupciones a esta convencionalidad, sí, pero no termina por hacer de su tratamiento un tema prohibido porque lo maquilla con los pinceles de la fantasía, es decir, desprende sus tramas de improntas en el orden de lo convencional pero aligera el trauma con aquello que no existe más que en las pesadillas.

Una suerte de conclusión apresurada

Toda vez que aniquila la “condición femenina por excelencia” con las estrategias de la literatura fantástica, no sólo subvierte la lógica vigente sino que anula uno de los principios de inteligibilidad más imperantes: siempre decir sí a los hijos. Quizá lo que nos dice es que la fantasía es el único medio para negarse radicalmente a ellos.

Schweblin responde al desamparo auténtico de sus personajes con una opción: el ámbito de lo fantástico es el camino para allanar el terreno del horror a (no) ser madre. A la autora no le interesa tanto el examen de los modelos sociales como la exploración de la mujer en sí misma, por eso sus cuentos no avanzan en discursos que quieran explicar cómo funciona el sistema, a la autora le funciona cuestionar el modelo desde la praxis y no desde la teorización. Se entiende entonces que sus relatos ejemplifiquen aquello que queda fuera de la normativa más convenida. Sus relatos se emparejan con el horror que no habita en lo extraño o en lo exterior sino en lo más humano, en esos deseos constreñidos, y dado que sólo nos conmueve lo que sentimos cercano a nuestras propias

aflicciones, “Conservas” y *Distancia de rescate* resultan provocadores al exhibir la cara sórdida de una experiencia que, de tan mentada, vemos como vocación natural de la mujer. Es decir, al tratar la polémica de la maternidad negada desde lo fantástico no se aleja del problema, porque su raíz no es ajena a nosotros; a decir de Magali Velasco, “Lo fantástico encuentra resonancia en lo humano” (47). Así, las situaciones que presenta Schweblin no son cosa de otro mundo, al contrario, acerca estos temas tabús a un lector que sopesa el aborto y el fracaso materno desde la mera posibilidad que resuena en nuestra imaginación y no desde la burda realidad en la que, quizá, el desasosiego implícito y la controversia alrededor de la “mala madre” lo harían desviar la mirada.

Atreviéndose a allanar esos caminos antepuestos por el *status quo*, sus relatos pretenden ir más allá e indagar en el cuestionamiento y, en su caso, la negación a dicho imaginario, poniendo sobre la mesa la noción de que las maternidades son, sobre todo, mapas emocionales complejos que a la luz de la narrativa fantástica encuentran otros modos de ser o no ser.

Bibliografía citada

- Barrenechea, Ana María “Ensayo de una tipología de la literatura fantástica.” *Textos hispanoamericanos. De Sarmiento a Sarduy*. Monte Ávila, Caracas, 1992, pp. 391-403.
- Beauvoir de, Simone. *El segundo sexo*. Traducido por Juan García Puente. Sudamericana, Buenos Aires, 1999.
- Botton, Flora. *Los juegos fantásticos*. UNAM, México, 2003.
- Hays, Sharon. *Las contradicciones culturales de la maternidad*. Traducido por Cristina Piña. Paidós, Barcelona, 1998.
- Nieto, Omar. *Teoría general de lo fantástico. Del fantástico clásico al posmoderno*. UACM, México, 2015.
- Schweblin, Samanta. “Conservas.” *Pájaros en la boca*. Random House, Buenos Aires, 2015, pp. 23-33.
- . *Distancia de rescate*. Almadía, México, 2014.
- Velasco, Magali. *El cuento la casa de lo fantástico*. Tierra Adentro, México, 2007.